

ANTONIO RAMOS OLIVEIRA

LA UNIDAD NACIONAL Y LOS NACIONALISMOS  
ESPAÑOLES \*

«La Unidad Nacional y los nacionalismos españoles» es una obra perteneciente a la madurez de un historiador. Es una obra de síntesis, caracterizada por el casi perfecto equilibrio entre una amena claridad divulgadora y el rigor científico producto de años de investigación y reflexión.

Antonio Ramos Oliveira —historiador de España, no conocido— ha desprovisto este librito de pruebas y datos históricos, pero ha ofrecido, en cambio, un apretado manojo de hipótesis e ideas fascinantes y maduras en función de esos datos, que nos revelan un trabajo de alto interés.

Escrito con garra y a veces con pasión, cruza por todo el libro un aire crítico y desmitificador, saludable y muy útil a la hora de comprender el tan manido problema regional. Se trata de un punto de vista claro. Un magistral análisis de la génesis y desarrollo de los nacionalismos españoles en el contexto sociológico del Estado Nacional. Una disección, en caliente, de la dialéctica de ambos contextos y los problemas —de clase, políticos, etc.— que progresivamente van acumulando. Un punto de vista parcial a veces y discutible en muchas. Pero en definitiva aquí radica su genialidad, en que Ramos Oliveira puede ofrecerlo. Posee la suficiente maestría científica y sobre todo carga de ideas para ofrecerlo.

El libro está compuesto por 4 partes, pero su interés se centra, a mi modo de ver, en las dos últimas, donde analiza los regionalismos vasco y catalán en su pasado más inmediato. Veamos algunas ideas básicas.

\* Grijalbo, México, 1970.

## LA GÉNESIS DE DOS NACIONALISMOS

Para Ramos Oliveira la génesis de los nacionalismos hispanos coincide con la crisis, en sentido amplio, del Estado-Nación —concretamente la de 1868. Esta hipótesis enfoca los nacionalismos tal y como se entiende hoy el concepto. Pero el surgimiento en el XIX de las conciencias nacionalistas regionales vasca y catalana y su despliegue institucional se basa en una compleja plataforma histórica.

No obstante las diferentes raíces de ambos regionalismos, Ramos Oliveira asigna un papel importante, en esta génesis moderna, al proceso de industrialización, precoz para el conjunto del país, que opera en las regiones catalana y vascongada. debido a determinadas condiciones geográficas, «culturales» y políticas. Se trata de un enfoque marxista. Y aquí empiezan las diferencias y el juego de factores singulares, que nos hace observar la estructura regional actual como fuertemente heterogénea, constituyendo cada región un caso sociológico específico.

El nacionalismo catalán viene facilitado porque «Cataluña —dice Ramos Oliveira— es la única región que realiza su revolución industrial convirtiéndose en el siglo XIX en un pequeño Lancashire» (pág. 81). Esta revolución tiene sus raíces en el siglo XVIII, pero será en el XIX cuando afloren consecuencias políticas y culturales que configuren los nacionalismos como tales y sus variedades ideológico-institucionales. La clase social que recibe, re-crea y configura este legado será la burguesía urbana.

El caso vasco surge de modo diferente y su configuración es más compleja y conflictiva, incluso dentro de la propia región. El nacionalismo vasco comienza siendo un producto rural. Sociológicamente surge en el campo vizcaíno e ideológicamente en la ciudad (Bilbao).

Pero según Ramos Oliveira, hay un factor sicosociológico que explica su surgimiento: «el resentimiento» (derrota física e ideológica) acumulado por los campesinos de Vizcaya y Guipúzcoa (carlistas hasta la médula) motivado por la victoria de las ciudades sobre el campo durante las dos guerras carlistas.

Otra causa: La implantación de la industria pesada cerca de los distritos rurales. Este choque de culturas coincide, según el autor, con el nacimiento del nacionalismo vasco. La mixtura de estos factores configura un nacionalismo cuyo rasgo básico para Oliveira es el racismo, el sentimiento de un complejo de superioridad racial. Luego veremos cómo este nacionalismo va configurándose, sobre todo en determinadas coyunturas, independientemente de la ideología del medio espacial, incluso —relativamente— de la clase social.

## INCOMPATIBILIDAD IDEOLÓGICA Y SOCIOLÓGICA

A fines del siglo XIX Cataluña, para los catalanes, formaba parte de España. Era española, pero asimismo, para los catalanes de fines del XIX, Cataluña poseía todos los elementos constitucionales —cultura y conciencia— que distinguen a las naciones. Eso pensaba la burguesía catalana, con don Valentín Almirall a la cabeza. El nacionalismo catalán estaba naciendo.

Pero al mismo tiempo otro nacionalismo estaba tomando cuerpo en la península. El nacionalismo jacobino, liberal, hijo directo, aunque tardío, de los revolucionarios franceses, de la «Libertad-Igualdad-Fraternidad». Este nacionalismo habría intentado a lo largo de todo el XIX tomar las riendas del país, frustrándose sistemáticamente. Por otra parte, estaba el nacionalismo del antiguo régimen. El nacionalismo de las tradiciones, fernandino, que miraba mucho más allá de los Borbones. Era el nacionalismo del «Santiago y cierra España».

Este triple juego de fuerzas implicaba, hasta cierto punto, un triple encuentro de culturas, de formas de ver la vida, y, en definitiva, de valores. Esta dinámica encuadrada en un marco de profundos cambios económicos y sociales no podía menos que producir enfrentamientos. «El drama era por demás vital y complicado, y lo constituían dos elementos o hechos inmovibles: la existencia de una nación catalana y la inevitabilidad de su destino histórico español» (pág. 87).

Pero este juego de fuerzas se complica. La burguesía catalana dispuesta a su total emancipación, con su «nacionalismo revolucionario y positivista, sobreexcitado por el *mal govern* (sic) de la oligarquía central», tenía que enfrentarse con enemigos familiares. De un lado el campesinado catalanista tradicional y ultramontano a lo Torras y Bages, de otro al movimiento obrero combativo y tendiente al anarquismo y dispuesto al enfrentamiento violento.

La conclusión para Ramos es la siguiente:

«La alta burguesía catalana cometió en seguida una equivocación fatal desde el punto de vista histórico. Esta clase social sin ímpetu ni ambición nacional española, carecía de espíritu universalista. El catalanismo, para no ser un ideal inasequible, tenía que haber sido el principio de un gran movimiento catalán enderezado a procurar la regeneración peninsular, para lo cual no le habrían faltado a la burguesía catalana conexiones y apoyos fuera de Cataluña...

»No tuvo el nacionalismo catalán ojos para las infinitas posibilidades que se le abrían en la Península y se anquilosó en una actitud defensiva,

aterrado de España, de la que trataba de desentenderse o huir, cuando estaba llamado a dirigirla. Rotas las hostilidades con la oligarquía centralista, la burguesía catalana se atrincheró en su vulnerable ciudadela provinciana, donde pronto estuvo sitiada por dos fuerzas sociales que le eran históricamente hostiles: el latifundismo del sur y el proletariado de Barcelona y su provincia. La revolución catalana no podía detenerse en la línea del Ebro sin fracasar y dejar inconclusa la revolución española. Replegándose en un nacionalismo de corto aliento, la burguesía de Barcelona privó a la transformación española de su más valioso instrumento constructivo, introdujo inexplicable confusión en la vida pública nacional y consumió en una estéril batalla de cincuenta años espléndidas energías del pueblo catalán y no pocas ajenas» (págs. 91-93).

Es quizá en este movimiento de zig-zag y continuo repliegue de los burgueses catalanes donde reside —como también ha visto Jutglar— una de las claves para entender el fracaso de los intentos de revolución industrial en España.

¿Cuál es la situación del nacionalismo vasco? Como el anterior, su enfrentamiento al poder central es palmario, pero las líneas de las fuerzas internas del propio nacionalismo se proyectan de un modo singular.

Para Ramos la característica básica del nacionalismo vascongado es el racismo.

«Desde un principio funda el nacionalismo vascongado su derecho a gobernar al pueblo vasco en la diferenciación racial. Y aunque este movimiento ha cambiado de actitud respecto de otras cuestiones, el racismo no sólo sigue siendo su leit-motiv, sino que en el transcurso del tiempo, a medida que se desarrollaba el partido, se iba acentuando» (pág. 140).

Este racismo explica para Ramos la hipótesis, no clara, de una especie de consenso en el juego de fuerzas políticas opuestas. En cambio, no sólo no está claro que estos diferentes grupos fueran siempre en común, sino que la compleja situación actual del regionalismo vasco ha venido ofreciendo una línea de colaboración y apoyo al poder, y otra de claro enfrentamiento.

«Cuando se trató de defender los privilegios regionales, todos, liberales y carlistas, estuvieron unidos. No se iban a matar carlistas y liberales por una cuestión en la que coincidían. Los liberales vascos se batían por la libertad nacional. Unos y otros representaban principios políticos universales» (pág. 127).

Es así como se va formando la estructura de diferenciación de dos nacionalismos. Esta incompatibilidad ideológica y sociológica con respecto al Estado-Nación tendría un notable despliegue institucional y jugaría su baza más importante y última en los años republicanos.

EL EXPERIMENTO DE LAS AUTONOMÍAS EN LA VISIÓN DE UN HISTORIADOR

Para Ramos todo el despliegue ideológico, institucional del nacionalismo catalán (solidaridad catalana, la mancomunidad, Estat català y Acció catalana, la Lliga y la Esquerra, el estatuto y las ideologías autonomistas) adolecen de una falta de visión estratégica y política. Cataluña, según Ramos, erró al no ver que «la libertad no dependía de sus instituciones, sino del régimen general imperante en España» (pág. 115).

Ahora bien, la llegada de la República implicó un desahogo —aunque con no pocos problemas— para las aspiraciones de vascos y catalanes. Ambos nacionalismos habían apoyado de un modo u otro la llegada de la Dictadura (1923), esperando conseguir estatus independientes a pesar de que no les faltaba conciencia de que las promesas se frustrarían. Sin embargo, llegada la República la situación para ambos fue totalmente favorable. Proclamada la República, el 14 de abril de 1931 los líderes nacionalistas vascos presentan su estatuto a la aprobación de los ayuntamientos. Meses más tarde los catalanes comienzan en el Congreso de Diputados la defensa del suyo.

Aquí radica para Ramos uno de los grandes problemas del fracaso de la República. Para él una de las causas del vacío de poder y de quiebra de la legitimidad republicana fue la temprana puesta en escena de las aspiraciones regionalistas y las concesiones de autonomía.

«La experiencia demuestra que cuando se inicia una revolución concediendo autonomías se decreta el fracaso de la revolución y de las autonomías».

El juicio parece demasiado parcial. Un análisis más objetivo, creo, debería tener en cuenta, a la hora de estudiar esta problemática, que el vacío de poder, en la República, fue originado y consumado por un cúmulo de problemas entre los cuales el regional fue uno de ellos y no el más decisivo.

El diagnóstico de Ramos es sorprendente y duro en este punto, pero bastante congruente con su propia postura ideológica. Para él la República se creó a sí misma un problema más: «La República creaba un nuevo interés y en torno a este nuevo interés se congregaban ya ilusiones y apetitos que cada día pedirían satisfacción con mayor impaciencia y poder. Así, el nacionalismo vasco llegaría a contagiarse, después de lograda la autonomía, a gentes afiliadas toda su vida al internacionalismo, ahora corrompidos políticamente por el poder que la autonomía les puso en la mano; y en labios de viejos socialistas se oiría la extraña frase de que antes que socialistas eran vascos, cosa nunca escuchada hasta entonces» (pág. 119).

El peligro estaba según esta tesis, en que el regionalismo correría como un reguero de pólvora por todo el país, en los programas de las regiones y grupos más insospechados. Así gallegos, valencianos y hasta cordobeses y sevillanos expresaron sus pretensiones de establecimientos de lo que nuestro autor llama —con sarcasmo— «otro estadito».

El centrar el problema en una pugna de intereses y ambiciones y oportunismos no parece lo más adecuado a la realidad, ni a un análisis científico. Es más, el juicio de Ramos en este punto no parece estar presidido por una visión sociológica del problema regional, o mejor, de los problemas regionales. Quizás puede estimarse, hoy, con todo el desapasionamiento posible, que la existencia de grupos humanos, homogéneos mediante determinado tipo de vínculos (étnicos, históricos, económicos etc.) y que se acogen a un tipo de normas y valores, y además con la alta probabilidad de ser localizados en un espacio definido por su influencia, constituyen un soporte sobre el que se monta una totalidad cultural con cierta tradición histórica y que se reconoce a sí mismo como «diferente» del resto de las regiones existentes en el ámbito del Estado nacional. Tal es el caso de algunas regiones españolas en 1931. La posesión de una «conciencia regional» y la motivación para decidir en común una organización y unas metas —independiente del juicio moral o político que esto nos merezca— es una necesidad. Y esto estaba ahí, palpable y dispuesto a funcionar dentro del régimen que ofrecía otra alternativa. La responsabilidad y la realidad del fracaso republicano (todo lo íntimamente relacionado con lo anterior que se quiera) me parece un problema diferente.

Para él, solo una región merecía la concesión del estatuto autonómico: Cataluña. Pero no «antes de que la República —dice— se hubiera visto libre de enemigos y consolidada y fuera un régimen indestructible. Porque incluso la autonomía catalana se hubiera opuesto a la consolidación de la República» (pág. 121).

Esta insistencia en lo prematuro de los regionalismos es en este libro una de las tesis básicas y como decía antes bastante congruente con la ideología de nuestro autor, pero no tanto quizás con un análisis histórico global. Así puede comprobarse en esta afirmación. «Nadie se atreverá a negar la diversidad geográfica y folklórica de España. Pero ninguna gran nación se compone de un solo pueblo, raza o unidad folklórica; y es incuestionable que ni las características geográficas y étnicas, ni la existencia de un dialecto o una lengua primitiva, ni la perpetuación anacrónica de varios fueros medievales, ni una manera peculiar de danzar o arrancar sonidos a curiosos instrumentos musicales, pueden aceptarse como base del derecho a constituir un estado o fundar instituciones políticas particulares» (pág. 120).

Pero la crítica más dura va contra el nacionalismo vasco: «los nacionalistas vascos realizaban un gran sacrificio por su causa, formando junto a republicanos y marxistas. Pero no iban a combatir en la guerra civil por la República ni por el Estatuto que habían recibido. Lucharían por la independencia de los pueblos vascos, por el gran mito del Euzkadi» (pág. 158).

En resumen, vascos, catalanes y republicanos «revisionistas» fueron, para Ramos Oliveira, los responsables no solo de la quiebra de la unidad nacional, de un modo injustificado y apresurado, sino el fracaso de la democracia en un país ya de por sí convulsionado y con un magro desarrollo económico. «El federalismo —afirma— es por regla general un régimen sólo aplicable a las naciones sanas, esto es igualitarias y ricas y, por tanto, equilibradas, lo que España no era ni es» (pág. 95).

En esta tesis parece estar latente, a mi modo de ver, una doble ideología: la que da por supuesto que la consecución de la democracia en 1931 se había realizado únicamente a través de un republicanismo jacobino-centralista y la confusión de los conceptos Estado-Nación que tan diferente juego real nos han mostrado en la historia española de los últimos 70 años.

En consecuencia, independientemente de efectuar un análisis brillante y experimentado, Ramos parece borrar del mapa histórico español uno de sus rasgos más distintivos y reveladores: el de sus acusadas peculiaridades regionales, el de la cristalización en el ámbito de un estado de diferentes culturas regionales evaluables por medio de indicadores como lengua, tradición literaria, cultura política, psicología y estructuras económicas diferentes no sincronizadas. En definitiva, parece despreciar el rol de las distintas «conciencias regionales» en el desarrollo particular de las regiones en las que se inscriben.

#### LA DEMOCRACIA QUE NO PUDO SER

En los últimos años la España que en 1936 fue sometida a una de las más decisivas pruebas de su historia, ha sido notablemente estudiada. Varios trabajos recientes lo atestiguan. Las tesis de Linz sobre el vacío institucional político y la crisis de legitimidad que tiene su culminación en 1936, como consecuencia de un proceso de polarización de fuerzas de clase y políticas, pueden ser un buen ejemplo. Asimismo Malefakis, en su reciente trabajo sobre el problema agrario y las demandas campesinas como una de las fuentes del conflicto, viene a atestiguar otro enfoque que complementa muy bien el diagnóstico global de las causas del fracaso democrático de la República. El reciente libro de Bacells sobre la influencia del

crac del 29 en la dinámica económica de los años republicanos, y otros muchos, ayudan a reconstruir un esquema bastante completo y claro de la complejidad de ese «enigma histórico» o «laberinto» con el que gráficamente se ha caracterizado a España. Ramos Oliveira se inscribe en esta línea con este libro que comentamos y cuyo valor, como dije al principio, es el de provenir de un historiador que conoce la España reciente. Sus partes más importantes pueden considerarse un aporte al problema que ha ocupado a los estudiosos de España más conspicuos: el de la democracia que pudo ser con la experiencia de la II República.

Para Ramos, la canalización de las demandas regionales (concretándonos al caso catalán) hacia un «moderado autonomismo» «más responsable» habría sido parte de la solución democrática. Así afirma:

«Cabe pensar que si el catalanismo se hubiese detenido en la moderada y eficaz frontera autonomista, que en cualquier caso no podría rebasar, no hubiera conjurado los celos que le hicieron impopular, en ocasiones en toda España. Pero había mucho de irresponsabilidad en el movimiento catalanista. Un catalanismo responsable hubiera concentrado su esfuerzo en el logro de un régimen especial para Cataluña, pero de cara a España y con impulso integrador. Debía haber recabado autonomía cultural, compatible con el cultivo de los demás valores culturales españoles, tan catalanes como de los demás, pero en el área política debía haberse satisfecho con aquella soltura autonómica que, cumpliendo el fin de despertar y encauzar las energías regionales y nacionales catalanas, no diese lugar a ignorar que la responsabilidad última de Cataluña tenía que ser una responsabilidad española, nacional española. Al menos, esa es la lección de la experiencia» (pág. 103).

En conclusión, este libro, con todas sus limitaciones y tesis discutibles, es claro, bien escrito, y una interesante lección de experiencia intelectual.

BENJAMÍN OLTRA